

—No sin estrechar tu mano antes, dijo Adrián acercando el caballo á la ventana.

Ella se la tendió por entre las rejas, é inclinándose Adrián se la besó, y luego partió como un relámpago, en tanto que Pedro corría tras él disparándole los demás tiros de la pistola.

La alarma cundió luego en todo el pueblo, y principalmente entre los soldados, que se apresuraron á reunirse en la plaza, en donde tenían su cuartel. No eran cien, sino veinticinco, y de éstos estuvieron montados en unos diez minutos, cosa de una docena.

Pedro que llegó á donde estaban, casi sin alientos, montó en el primer caballo que le presentaron y se puso á la cabeza de su tropa.

Iban á trote largo por el rumbo que creyó debía seguir Adrián, cuando vió venir por el lado opuesto á un ranchero montado en un caballo flaco.

—¿Encontraste á un hombre que va corriendo en un buen caballo? le preguntó Pedro.

—Encontré dos, mi amo, le contestó el ranchero, y allí en la orilla están esperándolos cosa de cincuenta.

—¡Maldición! exclamó Pedro, ha vuelto á escapárseme; pero mañana lo perseguiré hasta exterminarlo.

Entre tanto Adrián y Tomás se incorporaron á sus diez hombres que les esperaban en el mismo sitio que el primero había designado.

—Hemos escapado de buena, dijo entonces Tomás respirando á plenos pulmones.

—Todo por mi amada, le contestó Adrián en medio de un suspiro.



## CAPITULO XXXI.

### *Nueve pronunciamientos.*

**T**IEMPO es de que volvamos á la Capital, para que se nos den allí las noticias de inesperados acontecimientos.

En una noche del mes de Enero de 1859, bastante fría, estaban reunidos en la casa del comerciante don Alejo Rincón, con su familia, las de su hermano don Néstor y el abogado don Domingo Benavides que había llegado al obscurecer, con sus dos hermanas, personas todas que ya fueron presentadas á los lectores en otra parte de esta relación.

No habiendo costumbre de encender fuego en las habitaciones, aunque estuviera helando, lo que habían hecho era cerrar las vidrieras de la sala herméticamente y sentarse todos muy juntitos en torno de una mesa redon-

da donde había un candelabro con cinco velas de esperma, mientras que en dos consolas retiradas se veían dos lámparas de aceite despidiendo una luz mortecina.

—Por más grandes que sean tus deseos de que termine la guerra, dijo el comerciante don Alejo Rincón á su hermano Néstor, y que son también los míos, no veo muy despejada la situación.

—Ya todo hubiera terminado, exclamó Néstor con impetu, si el condenado de Echeagaray no hace en Ayotla su destornillado pronunciamiento.

—No fué tan destornillado, insinuó el abogado Benavides, supuesto que logró cambiar la situación sin que se derramara una gota de sangre.

—Porque Zuloaga tuvo miedo y no quiso defenderse.

—¿Pero con qué se defendía Zuloaga, si no le quedó ni un soldado?

—El supo á tiempo lo que se tramaba por el general don Manuel Robles Pezuela, actual encargado del poder ejecutivo; pero no quiso meterse en nada para no contraer responsabilidades. ¿Cómo no lo había de saber yo estando en su secretaría particular?

—Pues á tí te tuvo cuenta que cayera Zuloaga, porque ascendiste con Robles Pezuela, dijo doña Amparo la mujer de Néstor.

—Sí, obtuve un ascenso como casi todos; pero ese ascenso anda en el aire mientras no venga Miramón y pronuncie la última palabra. El ascenso hubiera sido más seguro sin tantos pronunciamientos.

—Yo no estoy muy enterada, dijo Refugio la mujer del comerciante don Alejo, ¿cuántos pronunciamientos dicen ustedes que hubo?

Benavides fué el que contestó diciendo:

—Ha habido los siguientes conocidos. El general Manuel María de Echeagaray se pronunció en Ayotla, con su división, el 20 de Diciembre, desconociendo el gobierno de Zuloaga y proponiendo la reunión de un Congreso. El 23 del mismo Diciembre se pronunció el batallón de Celaya en San Agustín, proponiendo que una junta de notables propusiera la formación de un gobierno provisional. Al día siguiente, se pronunciaron los generales Zamborriño y Robles Pezuela, reconociendo al último como general en jefe. El general Echeagaray se despronunció el 25, adhiriéndose al acta levantada en México. Siguieron luego los pronunciamientos de Puebla, Jalapa, San Luis Potosí, Toluca, etc.

¡Ah! Los dos pronunciamientos del general Orihuela en Toluca, no deben olvidarse.

El 29 de Diciembre se pronunció don Benito Juárez en Veracruz contra los pronunciamientos anteriores, declarándolos nulos, una vez que la única ley suprema reconocida por la República, es la Constitución de 1857. De paso debo decir que el manifiesto del Presidente constitucional, es una obra maestra.

Como efectivamente tiene gran interés histórico el manifiesto de Juárez, lo insertamos á continuación:

«Creo de mi deber dirigiros la palabra para excitaros á que redobléis vuestros esfuerzos á fin de poner término á la anarquía, restableciendo el imperio de la legalidad, única garantía de una paz duradera de nuestro país, único valladar que se puede oponer á las ambiciones bastardas de los que han fundado su bienestar en los abusos y elegido la escala de los motines para ascender á los

altos puestos de la República. Fuera de la Constitución que la nación se ha dado por el voto libre y espontáneo de sus representantes, todo es desorden. Cualquier plan que se adopte, cualquiera promesa que se haga saliéndose de la ley fundamental, nos conducirá indefectiblemente á la anarquía y á la perdición de la patria, sean cuales fueren los antecedentes y la posición de los hombres que la ofrezcan.

« Profundamente convencido de esta verdad, y cumpliendo un deber que la ley me imponía, no vacilé en recoger la bandera constitucional que D. Ignacio Comonfort había arrojado en las manos criminales de la reacción. Consideré que una vez perdida la vía de la legalidad se entronizaba la anarquía entre nosotros, porque los hombres de Tacubaya, sin la guía impasible de la ley, serían conducidos por las pasiones desencadenadas de un crimen á otro crimen, de un motín á otro motín, llevándose de encuentro el honor, la vida y los intereses de sus compatriotas y la paz de la República. Así ha sucedido. Los últimos sucesos de la capital vienen á confirmar esta triste verdad, y á convencernos de que en los hombres que mantienen la rebelión es imposible la paz. Demasiado orgullosos para someterse al yugo de la autoridad, ponen y quitan gobernantes á su arbitrio, si éstos no satisfacen sus ambiciosas pretensiones. Traicionando sus juramentos destruyeron el orden constitucional, colocando á D. Ignacio Comonfort en la silla presidencial de la República, y á los pocos días se rebelaron contra él y lo depusieron. Colocaron en su lugar á D. Félix Zuloaga, y á los pocos meses fué desconocido por D. Miguel Echeagaray, declarándose él mismo primer magistrado de la nación. A los tres días, D. Manuel Robles Pezuela modificó

el plan de Echeagaray, haciéndose jefe del motín de la capital, y tal vez á la fecha habrá tomado el título de presidente de la República, que le será arrancado mañana por otro motín, porque ésta es la suerte de los hombres que ascienden al mando supremo por el capricho de las facciones y no por la voluntad de la nación.

« Mexicanos: Meditad bien estos sucesos y decid si la República tendrá paz, libertad y garantías con tales hombres, que reaccionarios no respetan sus propias hechuras, y gobernantes ni tienen el prestigio ni la fuerza para hacerse obedecer.

« Militares: ciudadanos todos, que habeis sostenido y sostenéis con heroica constancia el orden constitucional, seguid el camino que habeis elegido, porque es el camino de la justicia y de la ley. Los sucesos de la ciudad de México os dicen muy alto que allí están el desorden y la anarquía, y que vosotros defendéis la buena causa, la causa de la ley, de la justicia y de la moralidad.

« Y vosotros, los que guiados por una sana intención prestáis ayuda á los hombres extraviados de la capital, compadeceos de nuestra infeliz patria volviendo sobre vuestros pasos, unid vuestros esfuerzos á los del gobierno legítimo, para que en breves días renazca la paz y la concordia.—Palacio del gobierno nacional en Veracruz, á 29 de Diciembre de 1858.—*Benito Juárez.*»

—Y por último, continuó diciendo Benavides, la junta de notables se pronunció la semana pasada en favor de Miramón, dejando á Robles Pezuela con un palmo de narices.

—Robles Pezuela es el actual Presidente, saltó diciendo Néstor.

—Sí, mientras llega Miramón: ahora sólo falta que éste venga y haga su pronunciamiento, que de seguro lo hará, según empiezan á decirlo algunas personas que se consideran bien enteradas.

—Y á propósito de Miramón, preguntó doña Refugio, ¿qué noticia gritaban ahora de Guadalajara?

—¡Ah! ¿no la saben ustedes? exclamó Néstor, recibimos hoy en palacio un extraordinario, en que se comunica que Miramón y Márquez estuvieron á punto de perecer el día 1° del corriente.

—¿Cómo estuvo eso? preguntó don Alejo.

—Se encontraban los jefes mencionados con otros muchos de los que acababan de llegar victoriosos de Colima, reunidos en los salones del palacio de gobierno, cuando voló el edificio con una explosión de pólvora. . . .

—Seguro que los demagogos pusieron alguna mina, exclamó doña Amparo.

—Eso se había creído al principio y eso creyó el pueblo tapatío que quiso luego castigar por su mano á los que consideraba culpables, contestó Néstor, pero Miramón procuró inmediatamente tranquilizar á todos, asegurando que el incendio del parque fué casual. Así lo ha comunicado al general Robles Pezuela.

—Si Miramón escribió la carta, ¿cómo es que voló el edificio? ó mejor dicho, si voló el edificio, ¿cómo es que está vivo Miramón? preguntó Benavides.

—En el gobierno se supone que solamente voló una ala del palacio.

—¿Y han publicado la carta de Miramón en que explica cómo estuvo el suceso?

—El gobierno acordó que se publicara la noticia diciendo solamente que Miramón, Márquez y sus oficiales

escaparon milagrosamente de ser volados, dejando en duda el punto de si el parque se incendió solo ó lo incendiaron los enemigos, pues que al fin y al cabo en tiempo de guerra no hay misericordia.

—Pero si Miramón dice en su carta que el parque se incendió sin que hubiera mina alguna, es porque ha mandado hacer reconocimientos y está seguro de lo que dice, tanto más cuanto que si tuviera la menor sospecha contra alguno, no dejaría de hacerla valer.

—Miramón tiene una alma grande y generosa, se apresuró á decir doña Amparo.

—El gobierno por lo mismo no ha querido hacer otra cosa más que dar á conocer la protección que dispensa el cielo á sus hombres, y respecto de las circunstancias que hayan rodeado al suceso, espera que el tiempo sea el que venga á señalar la verdad, pues no debo ocultar á ustedes que los señores ministros, á lo menos algunos, dicen que tienen datos diversos para sospechar que fueron los liberales los que dejaron minado el palacio de Guadalajara.

—A mí me parece que se obra con extraordinaria perfidia si se deja en la oscuridad la declaración del jefe del ejército, principalmente si tenía por mira tranquilizar los ánimos, exclamó Benavides.

—Ya veremos, ya veremos, dijo don Alejo queriendo así cortar la cuestión, estábamos en los pronunciamientos.

—Ya referí los que ha habido, siguió diciendo el abogado, ahora sólo me falta agregar que Miramón, que es hoy por hoy el árbitro de la República, escribió el 2 del presente censurando acremente la conducta de Echeagaray, al cual acusa además de haber estado en connivencia con los li-

berales de Veracruz, por cuyo motivo no ha emprendido una campaña formal contra el puerto, y proclamando que Zuloaga ha sido un inepto que no supo aprovechar sus elementos para impedir los escándalos que está dando el partido reaccionario, queriendo meterse á organizar un gobierno cuando todavía tiene delante de sí al enemigo.

—¿A cuál enemigo? preguntó Néstor con cierto des-  
plante.

—Pues hombre, sería necesario no leer los periódicos para no saber que todos los días está habiendo combates desde Sonora hasta Yucatán.

—En el ministerio de la guerra, se cree que con la derrota de Degollado en San Joaquín, la cuestión de la guerra está terminada.

—Pero nosotros, tú y yo, no somos tan candorosos para creer lo que cuentan en el ministerio de la guerra, cuando sabemos que todavía no están muertos, ni siquiera prisioneros, Degollado y sus generales del Sur de Jalisco, Vidaurri y sus generales y coroneles de la frontera, Huerta, Pueblita y los temibles guerrilleros de Michoacán, Juárez y sus sostenedores en Oriente, lo mismo que otros y otros que como hormigas se mueven en toda la República, todos los que son emprendedores y tenaces. En cambio el gobierno ex-tacubayista no cuenta con más general activo que Miramón, el cual, por más que se multiplique, no puede acabar con todos y quien á estas fechas no se sabe si estará conforme con los cambios políticos que se han efectuado sin su consentimiento.

—No me creo autorizado, contestó Néstor, para entrar en ciertos pormenores que se consideran como reservados en los respectivos departamentos; pero se puede asegurar ya que el general Miramón no sólo aprueba la sepa-

ración de Zuloaga del frente del gobierno, sino que acudirá á tomar el mando de las tropas de Oriente para dar el golpe decisivo á la revolución.

—Si creo que viniendo él se hará con más actividad la campaña de Veracruz; pero los liberales del resto del país, ¿se quedarán con los brazos cruzados?

—¿Y qué podrán hacer cuando han perdido todos sus elementos y cuando se quedaron por allí para no dejarlos moverse Márquez y Mejía con poderosos ejércitos?

—Allá vamos, allá veremos.

—Lo mejor es que no se hable ya de política, dijo Elena, la interesante hija del comerciante don Alejo Rincón.

—La verdad es que de ninguna otra cosa puede hablarse en la actualidad, contestó éste, una vez que á todos nos interesa que el país se pacifique. La agricultura y el comercio están sufriendo mucho con esas luchas estériles.

—¿Y quién tiene la culpa? preguntó doña Amparo, los demagogos, que por fuerza se empeñan en mandar cuando nadie quiere que manden.

—Si no fuera porque atacan la religión, nosotras veríamos con indiferencia que ellos mandaran, dijo Tomasa.

—En efecto, afirmó Francisca, la otra hermana de Benavides, nosotras no nos metemos en política, y lo único que queremos es que no se mezclen para nada con la religión de nuestros padres.

—Pero creo que los liberales dejan libertad á todos para que profesen las creencias que gusten.

—Eso es lo malo, exclamó doña Amparo, esa tolerancia de cultos.

—¿Por qué ha de ser mala la tolerancia de cultos?

—En primer lugar, porque vienen los extranjeros, y

en segundo lugar, porque en un país católico no debe haber más que católicos. Por algo la Inquisición quemó tantos herejes.

Los hombres se sonrieron sin tomarse el trabajo de rebatir á la mujer de Néstor, considerándolo inútil, una vez que estaba tan vivamente aferrada á su fanatismo, y sólo Benavides, que era el novio correspondido de Elena, por complacer á ésta, dijo:

—Es cosa entendida que todo lo que platicamos aquí es por pasar el tiempo, sin que nuestro modo particular de apreciar las cosas públicas sirva para entibiar en lo más mínimo la estimación que nos profesamos.

Amparo y Néstor se dirigieron una mirada de inteligencia, y don Alejo se apresuró á decir:

—Ya saben ustedes que mi casa es un campo neutral, en donde todos nos vemos además como miembros de una familia.

—Una familia que no deja de enseñarse los dientes, murmuró Néstor Rincón.

—¡Llevamos tantos años de tratarnos! agregó doña Refugio sin hacer caso de las palabras de Néstor, ó mejor para desvanecer la mala impresión que pudieran producir en Benavides y sus hermanas.

Mientras tanto éste se había levantado y buscaba la manera de acercarse á Elena para deslizarla una cartita que llevaba ya lista en el bolsillo de los pantalones.

Doña Refugio también se levantó, y dijo antes de poner en planta su pensamiento:

—¿Quieren ustedes que traigan aquí el té, ó lo vamos á tomar al comedor?

—Es mejor aquí, contestó don Alejo, porque el comedor debe estar helado.

—Sí, sí, aquí lo tomaremos, aprobaron Néstor y su mujer que no querían que Domingo y Elena encontraran oportunidad de sentarse juntos.

Pero cuando la criada trajo las tazas, Benavides se apresuró á ayudar á servirlas, y después de ofrecer una á doña Refugio, llenó la otra y la llevó á Elena. Debajo del platillo iba la carta hecha muchos dobleces, de la cual se apoderó la joven hábilmente, haciéndola desaparecer en el seno.

Doña Amparo observó algo, y dijo aparte á doña Refugio que se había dirigido al extremo de la sala para acercar una mesita:

—Es necesario que tengas cuidado con Elena: me parece que están muy avanzadas las relaciones entre ella y Benavides.

—Mi marido lo quiere mucho, es su abogado, su hombre de confianza, y . . . . te diré, me parece que está algo enterado de que los dos se quieren.

—¡Jesús nos ampare! Qué sería de nosotros si entrara un impío como ese en nuestra familia!

—Ya hablaremos, contestó doña Refugio prudentemente, nos están observando.

Tomaron el té y se despidieron á poco las tres familias con la cordialidad de siempre, como si las opiniones políticas no estuvieran minando profundamente el antiguo cariño que se profesaban.